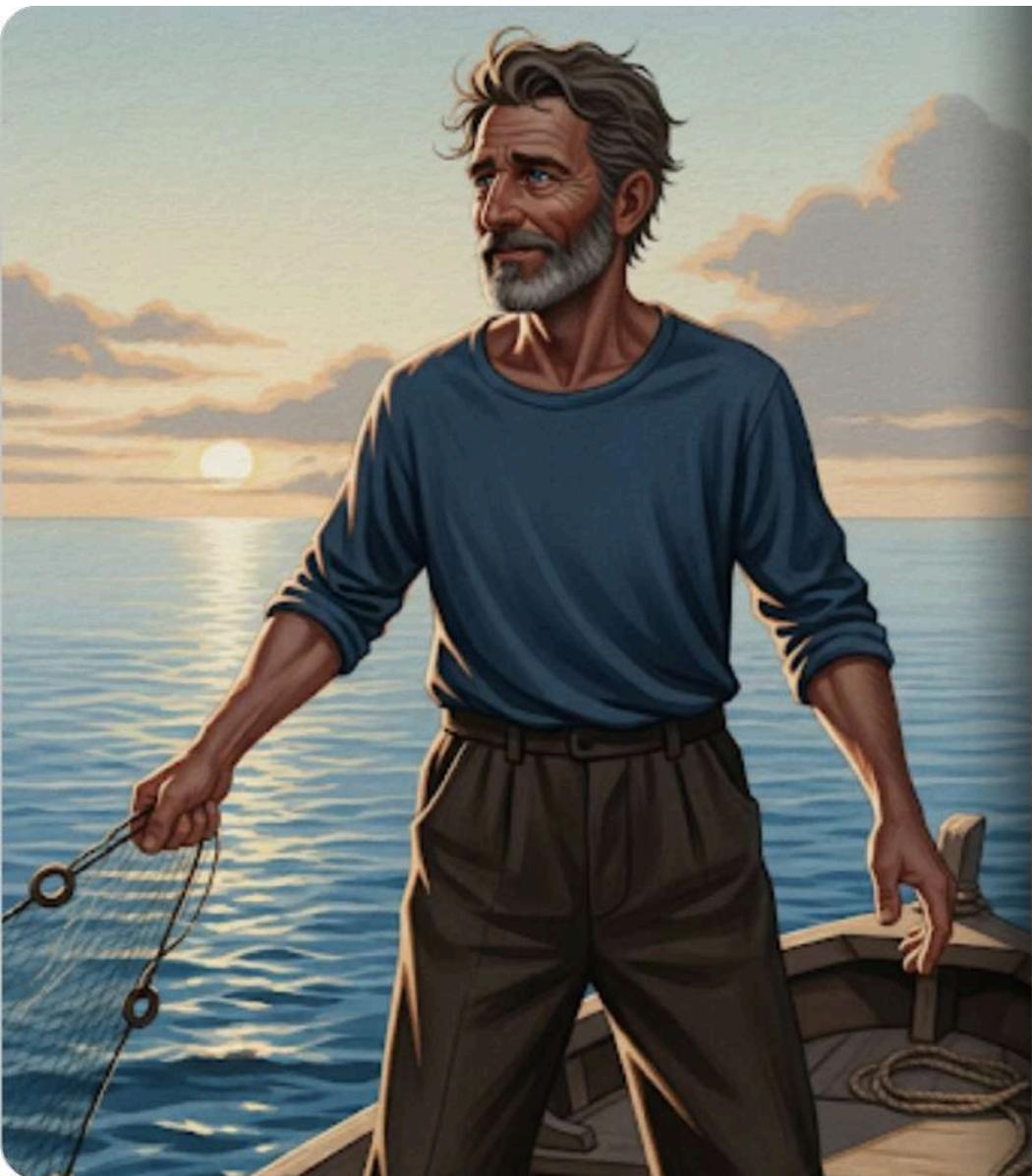




El Pescador, la Carpa y los Deseos

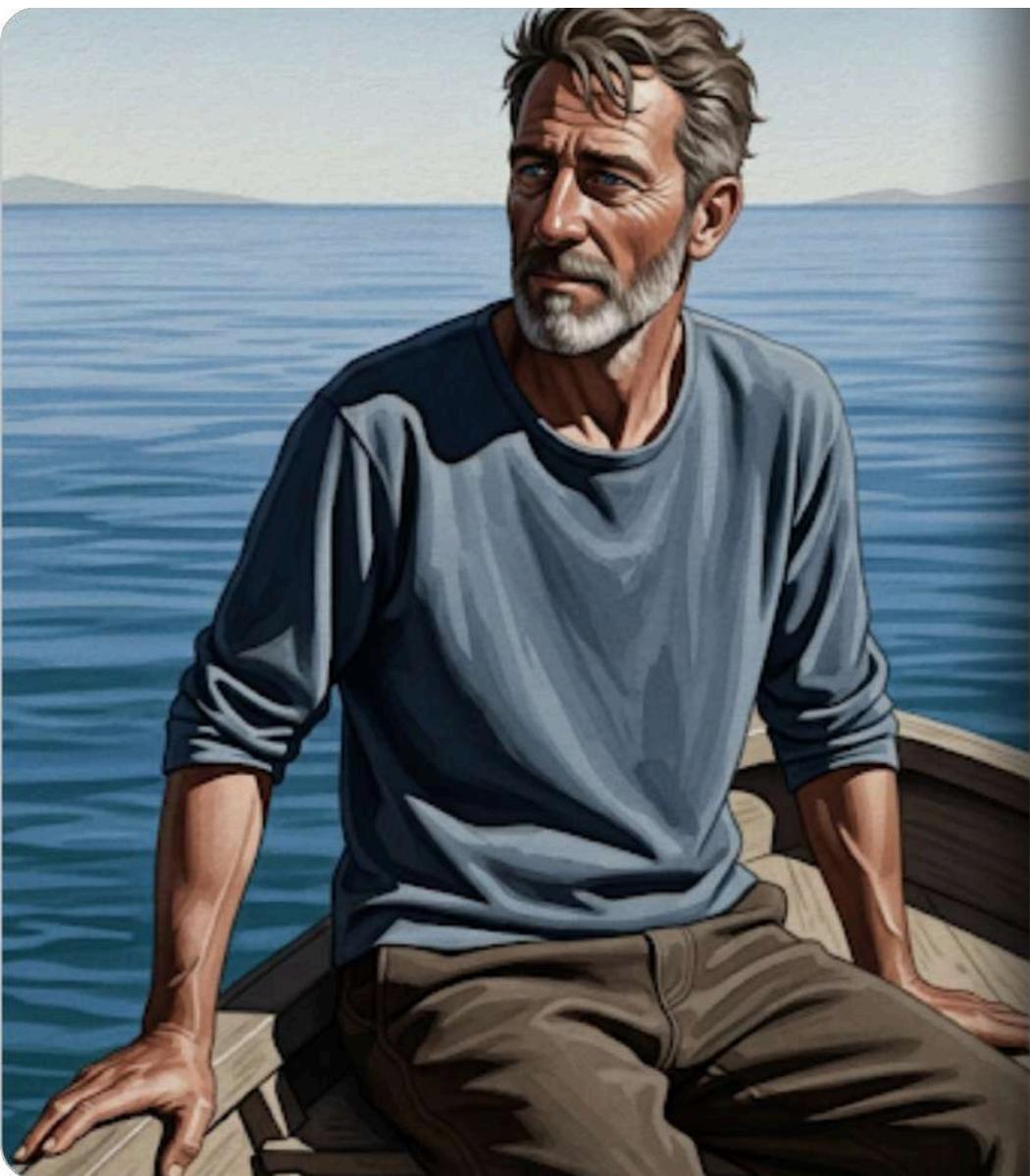
De Mi Libro de Cuentos



Samuel, el pescador, vivía una vida sencilla junto a su esposa, Alana, en una humilde cabaña junto al mar. Cada amanecer, Samuel lanzaba sus redes con la esperanza de una buena pesca, mientras Alana cuidaba de su pequeño huerto y remendaba las redes.



Un día, la red de Samuel se sintió inusualmente pesada. Con gran esfuerzo, la subió al bote y encontró no peces, sino una criatura brillante, una carpa dorada que lo miraba con ojos sabios. La carpa habló con una voz melodiosa: "Déjame ir, buen Samuel, y te concederé un deseo."



Samuel, sorprendido, dudó. Nunca había pedido nada para sí mismo. Pensó en Alana, en el techo que goteaba y en el frío que a veces sentían en las noches de invierno. "Mi esposa y yo vivimos con poco," dijo. "Quizás una cabaña más fuerte, que nos proteja del viento y la lluvia."



La carpa sonrió y asintió. "Tu deseo ha sido concedido." Samuel la liberó y remó de regreso a casa. Al llegar, la humilde cabaña se había transformado en una casa de piedra robusta, con un techo sólido y ventanas con cristales. Alana lo esperaba en la puerta, con una mezcla de asombro y una chispa en sus ojos.



"¡Samuel, es increíble!" exclamó Alana, recorriendo cada rincón de la nueva casa. Pero la chispa en sus ojos no se apagó. "Si la carpa puede hacer esto, ¿por qué no pedir más? Necesitamos un jardín más grande, con flores exóticas y un pozo de agua dulce."



Samuel, reacio, volvió al mar y llamó a la carpa. Le transmitió el deseo de Alana. La carpa, con un suspiro apenas audible, asintió de nuevo. Al regresar, el jardín era un paraíso, pero Samuel notó que Alana apenas lo miraba; sus ojos ya buscaban algo más allá del horizonte.



"Samuel," dijo Alana esa noche, "esto es bueno, pero ¿no te parece que necesitamos un poco más de reconocimiento? Deberíamos ser los más respetados del pueblo, tener una gran mansión y sirvientes." Samuel sintió un nudo en el estómago, pero el brillo en los ojos de su esposa era difícil de ignorar.

Con el corazón apesadumbrado, Samuel volvió al mar. El mar estaba más agitado esta vez. La carpa apareció, su brillo un poco más tenue. Samuel le pidió la mansión y los sirvientes. Al regresar, encontró una opulenta mansión y sirvientes que se movían en silencio. Alana lo recibió con una sonrisa forzada.



"Esto no es suficiente, Samuel," susurró Alana, sus ojos vacíos de la alegría que alguna vez tuvieron. "Quiero ser la reina, gobernar sobre todo el reino. Quiero que el mundo se arrodille ante mí." Samuel sintió un escalofrío. El mar rugía con furia cuando fue a la carpa por última vez.



"La ambición sin límites consume el alma," dijo la carpa, su voz apenas un susurro sobre el estruendo de las olas. "Regresa a casa, Samuel." Él volvió, y encontró el mar en calma, el cielo despejado. La mansión había desaparecido. En su lugar, estaba la pequeña cabaña original, humilde pero acogedora. Alana estaba sentada en la puerta, remendando una red, con una expresión de paz que Samuel no había visto en mucho tiempo.